

## INTRODUCCIÓN

La idea de que la Orden es una única “familia” nos lleva a nuestros orígenes. En la Basílica de Santa Sabina hay inscripciones primitivas referentes a la “Familia Dominicana”. Este sentido de familia está, ligado a nuestra llamada a ser predicadores. Domingo predicaba al Dios que se hizo carne, que se convirtió en uno de nosotros, que se hizo humano. El predicador debe ser humano para predicar a este Dios humano. Aprendemos a ser humanos en nuestras familias. Nos enseñan humanidad nuestros padres, nuestros hermanos... Y así una Orden entregada a la predicación de Dios que abraza nuestra humanidad necesita ser una familia que nos forma también como predicadores humanos.

Necesitamos ser una comunidad que incluye a todos con su sabiduría y su experiencia. Desde el principio Domingo vio esta necesidad. Fundó monasterios de mujeres y comunidades de frailes. Hoy la prioridad principal de la Orden es reflexionar sobre nuestra misión común: ¿Cómo podemos juntos ser predicadores del Evangelio?

Un vistazo al pasado.

Para empezar a escribir sobre la predicación y lo que esta significa para la Familia Dominicana tenemos que remontarnos ocho siglos atrás y recordar cómo y por qué se originó la Orden de Predicadores.

No corrían buenos tiempos para la Iglesia en el siglo XIII. La misión de transmitir el Evangelio era, por derecho propio, de los Obispos; sin embargo, la extensión de sus diócesis, demasiadas tareas pastorales y administrativas y el apego de muchos de ellos a los bienes materiales les impedían cumplir con su misión.

El bajo clero tampoco ayudaba mucho. A su falta de formación se unía, en muchas ocasiones, un modo de vida poco ejemplar que hacía pobres y poco creíbles sus palabras.

Los cristianos andaban confundidos, surgieron interpretaciones de la doctrina equivocadas, las herejías ganaban adeptos día a día..., se imponía una solución urgente.

Domingo de Guzmán vive con angustia esta situación; su paso por el sur de Francia le ha hecho comprender... la crisis por la que está pasando la Iglesia, no se solucionará con grandes cruzadas militares sino con un profundo cambio en la predicación del Evangelio.

Y es entonces cuando surge la gran novedad. Domingo fundará una Orden que se llamará y será de predicadores; una Orden de carácter universal porque nace bajo la autoridad directa del Papa y, por lo tanto, no está sujeta a ninguna diócesis concreta; una Orden mendicante que se despojaría de bienes y cargos jerárquicos para servir a la Iglesia, dedicándose por entero a su misión: “la predicación y la salvación de las almas”.

Nuestro presente

Ocho siglos después, en plena era del progreso, las telecomunicaciones y la informática, pero también de guerras, injusticias, pobreza e intolerancia, donde la persona parece haber perdido el sentido de su existencia y muchas veces la esperanza, los dominicos siguen sintiendo viva la necesidad urgente de proclamar el mensaje salvador de Jesucristo.

La predicación dominicana tiene rasgos esenciales que la caracterizan. No pretende ser un oficio a aprender con técnicas que consigan buenos oradores. Es un don, una gracia concedida que nos convoca y envía a proclamar el reino de Dios a toda la humanidad, creyente y no creyente, sin límites geográficos, culturales o raciales.

Predicar es la verdadera razón de ser de los dominicos y la prioridad de las prioridades. Para ello estudiamos la Palabra, buceamos y buscamos la verdad en la historia que nos toca vivir; oramos, contemplamos, compartimos toda esta experiencia de Dios en comunidad y nos ponemos al servicio del Evangelio predicando con la palabra, el compromiso, nuestros gestos y nuestras opciones.

Ser predicador hoy sigue siendo un gran reto estamos saturados y hartos de palabras que a menudo pierden su validez porque no siempre dicen verdades, ni traen ligadas a ellas compromisos, generando muchas veces, miedo, frustración y confusión. Pero los dominicos aceptamos este envite desde la profunda creencia de que el Evangelio de Jesús de Nazaret es vida que devuelve a la persona su más auténtica identidad.

Predicar en dominicano es ir más allá de sermones moralistas, dictados de conducta o simples catequesis que hablen de Dios; es anunciar la verdad de Jesús de Nazaret como el gran desafío que nos libera; es estar alerta y dispuesto a denunciar todo aquello que genera muerte y deshumaniza a la persona; es, en definitiva, poner en contacto el Evangelio con la vida de la persona y sus problemas.

Y para conseguir que la palabra vuelva a tener valor y recupere el sentido, la acompañamos con nuestro testimonio, creando palabras nuevas, llenas de verdad, teñidas de optimismo y de signos de esperanza. Una auténtica provocación que nos interpele a las personas de hoy y nos lleve a la conversión y al compromiso con la vida nueva.

Frailes, monjas, religiosas, movimiento juvenil, fraternidades laicales... toda una Familia unida que, desde su diversidad y distintas opciones, se siente enviada a predicar y predica haciendo el Evangelio vida con su vida.